

G. LAÍN CORONA y R. SANTIAGO NOGALES (eds.)

CARTOGRAFÍA LITERARIA

En homenaje al profesor José Romera Castillo



BIBLIOTECA FILOLÓGICA HISPANA

VISOR
libros

BIBLIOTECA
8051A
GUILLERMO LAÍN CORONA
Y ROCÍO SANTIAGO NOGALES (eds.)

CARTOGRAFÍA LITERARIA EN HOMENAJE AL PROFESOR JOSÉ ROMERA CASTILLO

VISOR LIBROS

TOMO I

BIBLIOTECA FILOLÓGICA HISPANA/208

COMITÉ ASESOR:

Carlos Alvar
José Manuel Blecua
Luis Alberto de Cuenca
José María Díez Borque
Pura Fernández
Teodosio Fernández
Víctor García de la Concha
Luis García Montero
Araceli Travedra
José-Carlos Mainer
Remedios Sánchez García
Darío Villanueva

Este volumen se ha publicado con la ayuda del Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura de la UNED y del Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías (SELITEN@T).

© SELITEN@T y autores de los trabajos

© Visor Libros
Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-208-7
Depósito Legal: M-36228-2018

Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (<http://www.conlicencia.com>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

«En esta nuestra edad de hierro»:
notas sobre el fracaso y la gloria
de Don Quijote, un héroe inverso

*«In this our iron age»: notes on the failure
and glory of Don Quixote, an inverse hero*

Antonio Chicharro
Universidad de Granada
achichar@ugr.es

Resumen: El artículo, en homenaje al profesor José Romera Castillo, aborda aspectos del fracaso y la gloria a un tiempo de don Quijote a propósito de algunos episodios de la novela. Consta de cinco epígrafes en los que se expone la interpretación que Francisco Ayala efectúa del fracaso y gloria de este personaje como clave del ser histórico de España; se adentra en el fracaso y la gloria de dos locos cervantinos, Alonso Quijano y Tomás Rodaja; continúa con una aproximación a la gloria de la nostalgia de don Quijote de la Edad de Oro y el fracaso de su degradada sociedad; y termina con un apunte sobre el fracaso y la gloria de este héroe inverso en su defensa de la libertad de unos galeotes y la de la poesía.

Palabras clave: Miguel de Cervantes. Don Quijote. Héroe. Edad de oro. Degradación social.

Abstract: The article, in homage to the professor José Romera, addresses aspects of the failure and glory of Don Quixote at some episodes of the novel. It consists of five epigraphs in which Francisco Ayala's interpretation of the failure and glory of this character as a key to the historical being of Spain is exposed; goes into the failure and glory of two crazy, Alonso Quijano and Tomás Rodaja; continues with an approach to the glory of Don Quixote's nostalgia for the Golden Age and the failure of his degraded society; and ends

with a note about the failure and glory of this inverse hero in defense of the liberty of galley slaves and that of poetry.

Key Words: Miguel de Cervantes. Don Quixote. Hero. Golden age. Social degradation.

1. JUSTIFICACIÓN PREVIA

Vaya por delante mi justificación por el atrevimiento a la hora de ofrecer lo que no son sino unas notas de lectura relativas a aspectos del fracaso y la gloria de don Quijote en la novela cervantina que, dado su alto interés fundante, densa significación, complejidad y novedad narrativas, ha dado a nuestra lengua una palabra con la que nombrar toda una disciplina de estudio, el cervantismo, y ha alimentado como pocas otras obras literarias la corriente del hispanismo, un reconocimiento a nuestra lengua y culturas. Así es que, si tenemos en cuenta el inabarcable volumen de análisis y aportaciones críticas deparadas al *Quijote*, esto es, el volumen de conocimientos producidos y asimilados en buena medida a nuestro acervo, lo que nos lleva a reproducir ideas ajenas al respecto como si fueran nuestras de tanto que trasegamos con ellas, toda justificación previa es poca y el rechazo inicial a cualquier afán de originalidad cuando se habla de tan gran obra de Cervantes resulta obligado. Con toda seguridad, lo que voy a decir a continuación acerca de la sociedad, la locura y el heroísmo inverso de nuestro personaje don Quijote habrá sido ya argumentado de una u otra manera. En todo caso, quiero dejar con estas palabras constancia de mi admiración lectora por Cervantes.

2. PRELIMINAR AYALIANO SOBRE EL FRACASO Y LA GLORIA DE DON QUIJOTE COMO CLAVE DEL SER HISTÓRICO DE ESPAÑA

El *Quijote* ha tenido una gran importancia para Francisco Ayala a lo largo de toda su vida y en todas las facetas intelectuales en que ha desarrollado la misma. Bastará nombrar su libro recopilatorio *La invención del Quijote. Indagaciones e invenciones cervantinas* (2005). Aquí, si bien con el título ligeramente cambiado, recoge el artículo «Notas sobre un

destino y un héroe», aparecido el 13 de octubre de 1940 en *La Nación* de Buenos Aires. Se trata del primer texto que escribe sobre nuestra magna novela y lo hace en los comienzos de su exilio bonaerense.

Ayala considera que esta novela es cristalización literaria que puede suministrar una clave del ser histórico de España, lo que explica las numerosas aproximaciones que se han hecho a su personaje central. Entre ellas, da cuenta de la lectura de Unamuno, poco esclarecedora en relación con las condiciones culturales en que surgió la obra y poco ilustradora de su conexión con el destino nacional. Por el contrario, será en la lectura de Américo Castro donde encuentre uno de los trabajos más útiles para conocer las circunstancias generales de cultura que condicionan la invención del Quijote.

Para una comprensión del sentido del Quijote conviene subrayar, plantea el escritor granadino, el hecho de que Cervantes fuera un ingenio que, penetrado del espíritu de la modernidad renacentista, no sólo estuvo al tanto de los problemas de su tiempo sino que logró llevar a su obra de modo consciente un sistema de ideas y unas concepciones estéticas que eran las de la élite europea de su siglo, resultando esencial advertir un cierto ángulo de disidencia, lo que puede servir para interpretar el mito quijotesco tanto o más que los contenidos racionales e ideológicos que puedan desprenderse del texto. En definitiva, lo que Ayala subraya es el componente intuitivo antes que el reflexivo que ha llevado a Cervantes a captar directa y profundamente el problema de la situación cultural que determina el destino español. Ayala se sitúa así en la inmediata tradición cervantista que ensayara Ortega y Gasset en 2014.

Nuestro escritor hace sobresalir las circunstancias históricas en que se escribe la obra —el par apogeo / decadencia del poderío político español que es punto donde se fragua un destino común— valorando el acierto que supone haber sabido plasmar esta intuición en una creación literaria. Señala, además, el aspecto de la locura del héroe y entiende tal artificio más allá de un efecto cómico y satírico. Don Quijote, mediante el artificio de la locura, incorpora antes un pasado orden histórico del espíritu que una construcción de fantasía u orden vinculado al personaje Alonso Quijano en tanto que hidalgo ocioso carente del cumplimiento de una función social. Así, frente al sistema medieval de valores recogido en la novela, se obtiene una idea de la sociedad española del siglo XVI como un mundo desconectado que no se rige por aquellos valores ni por los que representa el mundo burgués emergente.

Expuesto este argumento, se pregunta por el modo en que este esquema puede explicar el destino histórico de España y por la manera en que se expresa su gran problema cultural. La respuesta la halla abordando lo que llama drama de conciencia de Cervantes cuyo pensamiento racionalista crítico tuvo que desenvolverse en el ambiente de la contrarreforma. Aquí radica el drama de ciertos hombres de excepción cuyo pensamiento humanista entra en colisión con los ideales nacionales también alojados en su conciencia. Esto explica la angustia que cifra la obra, el patetismo de la nobleza en desgracia, lo quijotesco como un modo de llevar unos principios inadecuados en el seno de una sociedad en crisis.

¿Qué supone esta primera interpretación del Quijote efectuada por Ayala? Se trata de una explicación sociológica que busca en el Quijote la ocasión de reflexionar sobre el ser histórico de España sin caer en esencialismos, esto es, acudiendo a su autor en tanto que ser histórico atravesado por las contradicciones de un tiempo en crisis, crisis derivada de una transformación social en todos los órdenes de la vida histórica que afecta al antiguo régimen y a la modernidad burguesa. Se comprende que, ya en el inicio de su largo exilio, deje de interesarse por el valor estético del Quijote y opte por centrarse en su sentido originario como cifra de una situación histórica que, en tanto que conciencia de un tiempo pasado, alimenta una honda preocupación por el destino y ser histórico de España, entidad histórica que combina fatalmente en su trayectoria fracaso y gloria a un tiempo. De ahí que, según expone en su prólogo al libro citado, lo siga considerando «reflejo y símbolo del destino de la nación española».

Tras esta síntesis acerca de la serie de interpretaciones que nuestra obra ha generado, no puedo concluir sin hacer más unas palabras de Avalle Arce cuando afirma que el *Quijote* es un símbolo único e insustituible, del que la suma de todos los significados e interpretaciones es siempre menor al todo que representa la obra de arte (Avalle Arce, 1976).

3. FRACASO Y GLORIA DE DOS LOCOS CERVANTINOS EJEMPLARES: ALONSO QUIJANO Y TOMÁS RODAJA

Paso a referirme ahora a un aspecto de la novela que resulta esencial: la locura de su personaje central, don Quijote, que pondré en

relación con la de otro famoso personaje cervantino, el licenciado Vidriera, locura que alcanza una explicación además si tenemos en cuenta la conocida obra de Juan Huarte de San Juan, *Examen para el ingenio de las ciencias*, de 1575¹. Consideremos el sentido que pudiera tener esa locura de papel vivida por los entes de ficción que son Alonso Quijano y Tomás Rodaja, protagonistas el primero de la novela antes nombrada y el segundo de la novela *El licenciado Vidriera* que vino a formar parte de sus *Novelas ejemplares* (Cervantes, 1613).

Las dos novelas mantienen, como se deduce, una relación inequívoca proveniente de que estos dos personajes están atacados por la locura. En el primer caso, como consecuencia de la voraz lectura de novelas de caballerías; en el segundo, por habérsele dado un hechizo para ganar su voluntad amorosa. En ambos hay un cambio de personalidad reconocida incluso con nuevos nombres. Así, Alonso Quijano pasa a llamarse don Quijote de la Mancha; y Tomás Rodaja será reconocido como el licenciado Vidriera. Pero estos locos literariamente egregios constituyen la ocasión de que, tanto por sus palabras como por sus acciones, florezca lo que ellos piensan como verdad, sin que mantengan actitudes hipócritas ni socialmente acomodaticias, manteniéndola por encima de lo que piensa el común de las gentes o la

¹ *Examen de ingenios para las ciencias*, del médico y filósofo de origen navarro Juan Huarte de San Juan (1529-h. 1588), afincado en Baeza como médico vitalicio desde 1566, fue una obra que, publicada en dicha ciudad en 1575, resultó novedosa en su tiempo, lo que explica su rápida traducción a otras lenguas y su gran influencia en toda Europa en muy diversas disciplinas, además de en las obras que nos ocupan, el *Quijote* y *El Licenciado Vidriera*, debido a que con ella el autor se proponía mejorar la sociedad mediante una adecuada educación de las personas según sus aptitudes tanto físicas como intelectuales, estudiando para ello los temperamentos e indicando los oficios y estudios que más les convenían a los distintos individuos según se particular psicología. Pues bien, la influencia en Cervantes y particularmente en la conformación del famoso personaje don Quijote, tal como estudió Avallé Arce (1976), proviene de la inicial designación como «ingenioso», lo que supone, según Huarte, una ecuanimidad psicológica precaria —así se explica la manía de leer libros de caballerías, su carácter colérico, su facilidad oratoria—. El subido ingenio del personaje y su temperamento seco y caliente explican la locura en que entra por resecamiento del cerebro, algo que Huarte señala cuando afirma que la vigilia endurece y deseca el cerebro, mientras que el sueño lo humedece y fortifica. No olvidemos las intensas horas de vigilia de don Quijote leyendo libros de caballeros andantes y su ulterior trastorno mental.

corriente del vulgo, esto es, ambos personajes son ética y moralmente irreprochables en el principio virtuoso que guía sus respectivas acciones orientadas hacia la excelencia.

Son, en consecuencia y por su locura, personajes de una ética sin fisuras ya socialmente risibles o desdeñados, como es el caso de don Quijote, o ya protegidos y a su manera respetados, como lo es Tomás Rodaja. El primero se cree caballero andante; el segundo, un hombre de vidrio en constante peligro de quebrarse al mínimo golpe. De ahí que se segregue de su propio medio habitual, llevando una existencia dificultosa, lo que apunta simbólicamente tanto a los peligros que encierran los demás seres humanos como al cultivo y mantenimiento de una muy clara conciencia de sí mismo, con un permanente uso del libre albedrío, que no es otra cosa, como es sabido, que la potestad de obrar por reflexión y elección, lo que es uno de los grandes signos de la modernidad cervantina.

Al igual que ocurre con la aproximación a la conocidísima historia de don Quijote, el lector se siente de inmediato atrapado por la historia del joven licenciado que se cree de vidrio y que resulta transparente en su loca verdad y buen entendimiento, que duerme en un pajar para protegerse, que camina por el centro de las calles para evitar ser golpeado por la caída de una teja, etc., lo que no deja de ser un símbolo de la libertad del pensar y de enfrentarse al curso de la vida para plantear incluso cómo debería ser ésta, pudiendo interpretarse no pocas de sus cuerdas palabras a veces en clave satírica y de crítica social o en clave moralizadora, las dos vías que sigue su autor, Miguel de Cervantes, en su propósito de ejemplificación novelesca.

Pues bien, ejemplar es la lección del personaje ya desde el primer párrafo en que aparece cuando hace juvenil gala de su deseo de estudiar como un modo de alcanzar el saber; ejemplar resulta su continuada defensa de la honradez y de la verdad; su defensa de las letras y de la poesía en particular, no confundiendo a los poetas con el resultado de su creación y concibiendo la poesía como aquella ciencia que encierra en sí todas las demás ciencias: «porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla», en lo que coincide con don Quijote —recordemos el famoso capítulo XVI de la segunda parte de la novela, al que ahora me referiré—. Y ejemplares son también las sucesivas ridiculizaciones que el licenciado Vidriera efectúa

de las hipocresías y necesidades de las gentes que pululaban por la España imperial, ya desde entonces en imparable decadencia social, aunque no literaria. Y ejemplar resulta también la proclamación de la libertad del pensamiento a que conduce tan racional personaje y, muy especialmente, el ver a través de la transparencia de sus palabras desmitificadoras.

En todo caso, los lectores quedamos impresionados por el triste final de ambos egregios locos literarios, pues los dos acaban muriendo de su cordura justo cuando se dan las condiciones de iniciar —eso sí, literariamente— una suerte de vida humana en plenitud, con lo que esto tiene de profundo juicio cervantino sobre la sociedad que le tocó vivir. Se trata de dos locos necesarios y ejemplares por voluntad creadora de Cervantes estos entrañables personajes. Podremos concluir diciendo que si don Quijote muere cuando el hidalgo Alonso Quijano recupera la cordura, cabe pensar, como escribe Avalle Arce que «la locura es la necesidad vital *sine qua non* para don Quijote».

4. DE LA GLORIA DE LA NOSTALGIA DE DON QUIJOTE DE LA EDAD DE ORO AL FRACASO DE SU DEGRADADA SOCIEDAD

4.1. *El discurso y su representación de la sociedad*

Como a no pocos lectores y estudiosos (*vid.* Ettinghausen, 1996; Traver, 2000; López Gregoris, 2005; Stoopen, 2014, entre otros), llamó mi atención desde la primera vez que lo leí en el seno de nuestra voluminosa novela el famoso discurso que don Quijote pronuncia ante unos cabreros mientras Sancho no hace más que ir y venir al odre colgado de un árbol (Cap. XI de la primera parte: «De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros»). Vuelvo a él una y otra vez por su grandeza utópica y por su capacidad de renovar, ahora en el dominio de la ficción, un sueño mítico como el de la Edad de Oro que alcanza su existencia en nuestra cultura desde la antigua Grecia con sus impresionables floraciones latinas, con expresión de casi la totalidad de los motivos que desarrolla el tópico —comunismo primitivo, justicia social, «autómatos bios», denuedo de las riquezas y, claro está, desconocimiento de la navegación (Traver, 2000: 83-84), motivo que no nombra precisamente nuestro personaje por resultarle innecesario ya

que en esa dorada edad que evoca no existía la necesidad del viaje—. El hecho de que Miguel de Cervantes ponga en boca del personaje el relato nostálgico de esa edad dorada, para nuestro don Quijote no mítica sino muy real, con el que se sirve nuestro protagonista para denunciar por contraste el estado de sociedad en que vive, no sólo confirma el profundo conocimiento de los clásicos griegos y romanos que tenía Cervantes —*Los trabajos y los días* de Hesíodo y *La metamorfosis* de Ovidio, por nombrar dos importantes obras de las existentes en este sentido—, sino que a un mismo tiempo nos obliga a pensar tanto en la sociedad ficcional por la que se desenvuelve el Caballero de la Triste Figura, que tanta intervención reparadora suya reclama, como en la real por la que atraviesa sus días nuestro autor, por si es que esta invocación de tan conocido mito también le resultara conveniente a quien ahora lo pone en boca de ese ente de ficción al que ha dado vida autónoma, uno de los signos de la modernidad de la novela.

Ahora bien, ¿por qué califica don Quijote su momento y sociedad como propia de la edad de hierro? La respuesta, amén de conocida, es clara: porque en la misma no existen un comunismo amoroso y paradisíaco, ni una vida elemental, placentera, sin otras ocupaciones que la de la recolección de los alimentos que se necesitaren dados espontánea y liberalmente por la naturaleza, sin esclavitud alguna y con igualdad entre hombres y mujeres, sin necesidad de justicia ni de su interesada aplicación mediante el retorcimiento retórico. Si establecemos un paralelismo entre la caracterización que Ovidio hace de la Edad de Hierro en *La metamorfosis* y el modo cómo rechaza don Quijote el estado de su propia sociedad —por contraste con los altos valores de cuando los seres humanos vivían de forma semejante a los dioses, tal y como va desgranando en su discurso ante los embobados cabreros que escuchan con atención—, concluiremos que hay confluencia entre ambos. No olvidemos que, según Ovidio, tras las edades de oro, plata y bronce vividas por los humanos, ha seguido la de hierro caracterizada por ser la edad de la impiedad, y la codicia; la de la desaparición de la verdad, el pudor, la modestia, la confianza y la lealtad; la del establecimiento de fronteras y, con ellas, la de la aparición de conflictos; también, la del aprendizaje de la navegación, esto es, la necesidad de la expansión, el cultivo de la tierra y la implantación de la minería para arrancarle a la misma sus riquezas; una edad en que han florecido los fraudes, los engaños, las insidias, la guerra y en la que nadie está a salvo.

Pero, una vez introducidos en él, recordaré que el comienzo del discurso es una suerte de antecedente de la precipitación de la memoria involuntaria, tal como se presenta en el narrador de *Du côté de chez Swann*, de Marcel Proust², la primera parte de la reconocida novela *À la recherche du temps perdu*: unas bellotas en la mano y una magdalena y una taza de té, respectivamente, precipitan de un lado la memoria de don Quijote —un modo de reforzamiento de sus ideales con respecto a la sociedad— y la memoria de un tiempo vivido en la infancia por parte del narrador de la conocida novela de Proust. Hasta aquí la evocación de sus elocuentes y solemnes palabras, como corresponde al uso elevado de lengua con que Cervantes, frente a otros personajes y registros, dota a don Quijote —estilo oratorio, como bien caracteriza Martín de Riquer (2005)—, salpicado de ironías del narrador, con el que, tras contrastar lo que va del oro al hierro de las edades de los humanos, don Quijote legitima su programa de vida de caballero andante como consecuencia de la imperiosa necesidad de proteger a los más débiles —mujeres, niños y demás personas necesitadas (así ocurre también, algunos siglos después, en «Grito hacia Roma» de *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca)— de la degradada sociedad en que vive, una sociedad corrompida por el alto valor que en la misma se le concede a la propiedad privada, a la social ostentación cortesana, a los abusos de instituciones como la de la justicia y al poder y acoso que se ejerce sobre el grupo social de las mujeres³. Aquí alcanza justificación su alta

² «Elle envoya chercher un de ces gâteaux courts et dodus appelés petites madeleines qui semblent avoir été moulés dans la valve rainurée d'une coquille de Saint-jacques. Et bientôt, machinalement, accablé par la morne journée et la perspective d'un triste lendemain, je portai à mes lèvres une cuillerée du thé où j'avais laissé s'amollir un morceau de madeleine. Mais à l'instant même où la gorgée mêlée des miettes du gâteau toucha mon palais, je tressaillis, attentif à ce qui se passait d'extraordinaire en moi» (Proust, 1917).

³ Cervantes ofrece un inusual trato, si tenemos en cuenta ciertas posiciones ideológicas de su momento, de la figura de la mujer en sus ficciones y, muy en particular, en su valorada novela que nos ocupa. Para empezar, no sólo concede autonomía a sus personajes, sino que en el caso de los que encarnan a mujeres los aleja de estereotipos y, en consecuencia, los dota de singularidad, viveza e incluso, en no pocos de los casos, rebeldía, viniendo a desarrollar muy decorosamente, eso sí, voces que oscilan entre el materialismo y el idealismo, el vicio y la virtud. El número de estudios sobre este aspecto de la novela es creciente, por lo que me limito a recomendar una bibliografía al respecto, la de Josemi Lorenzo Arribas (2011).

empresa de caballero andante y, en consecuencia, el valor y virtud de sus intervenciones que, orientadas a la restitución de la dorada edad, como le dice a Sancho, y ejecutadas frente a su sociedad, van a terminar por resultar heroicas, en una doble perspectiva de valoración, claro está, la recta de nuestro afamado y finalmente derrotado personaje y la irónica del narrador, por ceñirnos sólo al ámbito de la novela.

4.2. *Aproximación a la España —¿dorada?— de Miguel de Cervantes*

Pero tras haber percibido una cierta imagen de la España vivida por don Quijote a través de su bien entonado discurso, la de una atrasada España rural por cierto, imagen y realidad histórica a la que se le han dedicado no pocos estudios (Canavaggio, 1991; Pérez, 2002 y 2004; Feros y Gelabert, dirs., 2004; García Cárcel, 2005; entre otros), cabrían plantearse algunas cuestiones relativas a la España real del autor de la novela e incluso, siguiendo los planteamientos de la sociocrítica⁴, cabría especificar qué elementos de la realidad histórica penetran de modo no consciente en el discurso ficcional. Ahora bien, ni por la extensión de este artículo ni por la complejidad de lo planteado, resulta viable dar satisfactoria cuenta aquí, por lo que me limitaré a esbozar algunas líneas de respuesta.

Para empezar, si atendemos al momento histórico de aquella España áurea que le tocó en suerte vivir a Cervantes (Alcalá de Henares, 1547 - Madrid, 1616), a caballo entre los movimientos renacentista y barroco, con algunos cambios en la sociedad estamental dominante y entre dos reinados —el de Felipe II entre 1557 y 1598 y el de su hijo, Felipe III, que reinó entre 1598 y 1621—, habremos de pensar que, con sus problemas y conflictos en Europa, en absoluto se trata de una sociedad degradada ni siquiera en grave crisis económica, aunque sí se apunta su inicio, ni todavía en la decadencia política que se vivirá a partir de 1640, aunque pudiera haber existido una, como dice Joseph

⁴ La sociocrítica ha hecho de la Edad de Oro de la literatura española uno de sus dominios de estudio de mayor interés. En este sentido, con sólo nombrar aquí su aportación al conocimiento de la novela picaresca, sabrá el lector lo que quiero decir. Por su parte, el *Quijote* también ha recibido atención por parte de Edmond Cros, Jorge Chen, Antonio Gómez Moriana, M. Pierrette Maluczynski y Anthony. N. Zahareas, entre otros, y cuyas principales aportaciones recojo en la bibliografía final.

Pérez (2002), «impresión de decadencia»⁵. Paradójicamente y en relación con el discurso, no sólo no son años de hierro, sino que van a ser conocidos como los propios del Siglo de Oro en cuanto a la cultura, el arte, el teatro y la literatura, con España proyectada en Europa y en otras partes del mundo. Precisamente en el libro de Antonio Fores y Juan Gelabert leemos a este respecto lo que sigue:

Miguel de Cervantes no fue ajeno a las ansiedades e inquietudes de la España de finales del siglo XVI y principios del XVII, un tiempo de fracasos, de peste y carestías, de corrupción, de temores, de crisis, de pérdida de la influencia política, de explotación y colonización, de violencias y crueldades. Pero también fue un tiempo de esperanza, de ilusión, de reforma, de diálogo entre culturas y sociedades, de creación de nuevos géneros literarios, de paces y treguas, de replanteamientos de las relaciones de poder entre el centro y las ciudades, de discusiones sobre cómo restaurar el poder de España en el mundo.

Algunos historiadores, es el caso del citado Joseph Pérez (2002), enumeran aspectos de la situación histórica como el descenso de la población por la epidemia de la peste, el descenso del cultivo y hundimiento de la manufactura, la crisis monetaria, la expulsión de los moriscos; también, el abandono de la burguesía y la reacción señorial, el fenómeno del parasitarismo social y el auge de la mentalidad rentista antes que la hidalguista, con el consiguiente aumento de pícaros y ban-

⁵ Joseph Pérez lo explica así: «Hoy en día, la tendencia es más bien de matizar el concepto de declive. La decadencia no es una situación objetiva, sino un fenómeno psicológico: los castellanos de principios del siglo XVII tenían la impresión de vivir en una nación que ya no era la que fue, que había entrado en decadencia. ¿Era exacta esta impresión? Desde luego, no cabe duda de que la situación de la economía había empeorado desde mediados del siglo pasado: muchos campesinos habían abandonado sus tierras y sus hogares para buscar refugio en las ciudades; de esta forma iba la producción disminuyendo mientras crecía el número de desocupados, mendigos y marginados... Ahora bien, esta situación es más bien característica del centro de Castilla, de aquellas zonas, entre Burgos y Toledo, que desde mediados del siglo XV hasta finales del XVI, habían constituido el riñón del reino, las zonas más pobladas, más dinámicas, más ricas. Allí sí que se nota la crisis: descenso de la población, reducción de la superficie cultivada, recesión comercial, hundimiento de la manufactura, abandono de la burguesía y reacción señorial. En cambio, en las regiones periféricas, la situación no es tan alarmante, ni mucho menos; se está produciendo un reequilibrio que les es favorable» (Pérez, 2002).

doleros, etcétera. Pero no es menos cierto que, tras señalar esos aspectos negativos, concluye con la siguiente afirmación positiva: «A pesar de todo, la España de Cervantes era una nación que seguía ocupando en Europa una posición destacada, no sólo en el terreno de la geopolítica, sino también y sobre todo en el campo de la cultura» (Pérez, 2002).

Claro está que esta imagen de España, aunque las suponga, no da entrada a las lentas y contradictorias transformaciones que la incipiente burguesía y el capitalismo están provocando en los niveles económico y social tanto en Europa como en España, si bien en este caso con sus peculiaridades provenientes de tratarse de una sociedad de base estamental, dividida además entre cristianos viejos y cristianos nuevos, que tenía como dominantes en su ideología la aceptación de la riqueza proveniente de rentas señoriales, pero no así las lucrativas de otras actividades económicas ni tampoco las del trabajo, mal visto en aquel estado de sociedad, lo que explica que la nueva clase social burguesa dejara en no pocos casos de lado la actividad productiva y viniera a ocupar sus capitales en su ennoblecimiento, con su proceso de refeudalización consecuente, al tiempo que así se daba alas al prestigio del rentismo y su efecto de parasitarismo social que habría de alimentar el surgimiento de, como señalaba Joseph Pérez, pícaros y bandoleros. Es precisamente esta compleja y contradictoria situación histórica la que va a resultar matriz de una práctica literaria que vino a dar con el surgimiento del moderno género novela en Europa, tal como lo ha explicado Edmond Cros acudiendo al concurso de una novela picaresca, *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, y la que nos ocupa, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pues bien, Cros (2002 y 2013) plantea la radical importancia que el diálogo entre esas novelas tuvo en el surgimiento y consolidación de la novela moderna en Europa al haber creado estas en su relación una matriz de la misma. En su proceso argumentativo desgrana una serie de coincidencias entre los renombrados autores y una coincidencia en particular de mayor vuelo como es que las dos formas narrativas que surgen de una misma matriz histórica hubieran optado por subrayar el enfoque de la marginalidad, si bien Mateo Alemán sigue una estética y retórica convencionales mientras que Cervantes potencia su libertad creadora y una suerte de contrarretórica. Pero estos argumentos preliminares están en función de una explicación de la raíz histórica de las novelas y, al mismo tiempo, de la capacidad que estas tienen de

conferir una significación a esa misma historia. El análisis sociocrítico que emprende le permite comprender los textos como estructuras que transcriben no conscientemente la historia, una historia que en el caso de la novela de Mateo Alemán proporciona la dialéctica de la misericordia y de la justicia, lo que conlleva una nueva idea del trabajo, de la mendicidad y de la caridad en un momento de importantes cambios en el nivel económico tanto en Europa como en España. De esta manera, la novela picaresca acaba por transcribir en su ficción «una fractura histórica y un enfrentamiento que opone un valor auténtico, la misericordia, a la justicia, o sea, a un valor pervertido por estar al servicio de la expansión del capitalismo con el pretexto de luchar contra el ocio y el vicio». Expone además el origen socio-ideológico de las formas culturales, aludiendo a los procesos económicos y de comunicación del siglo XVI, al ascenso social de los mercaderes, a las formas de comportamiento y normas sociales, a los modos de caracterización y prácticas sociales. También analiza aspectos de la modernidad de una y otra novela, así como el sentido de su lógica poética en relación con los omnipresentes presupuestos aristotélicos. Todo ello para sustentar que ambas novelas acrisolan las contradicciones de aquel momento histórico vivido por la formación social española provenientes de la existencia de prácticas vinculadas al modo de producción feudal y al emergente modo de producción capitalista. De este modo surge, sin conciencia de su nombre todavía, la nueva novela europea, demostrando así que la literatura posee una naturaleza histórica y que es la historia la que suministra los hilos verbales y visiones con que se tejen los universos de ficción, que nunca resultan ser así una mentira. De ahí que sea en los textos mismos donde el investigador pueda rastrear la cristalización de un proceso histórico. Y más si se trata de dos textos presentes como pocos en la conformación de un común espacio simbólico europeo gracias a sus inmediatas y sostenidas traducciones, dos novelas que contribuyeron decisivamente a la creación de un público lector.

5. FRACASO Y GLORIA DEL HÉROE INVERSO DON QUIJOTE EN LA DEFENSA DE LA LIBERTAD DE UNOS GALEOTES Y LA DE LA POESÍA

Don Quijote como héroe novelesco, su sentido y significación, constituye uno de los aspectos más atendidos en el estudio de tan famosa

obra. Ahí queda nuestra aproximación a la interpretación de Francisco Ayala, por ejemplo. Bien es verdad que nuestro personaje no es asimilable a nombres de héroes clásicos como Aquiles, Ulises o Eneas. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* puede relacionarse, claro está, con la *Odisea*, la *Iliada* o la *Eneida* en el hecho de ser narración externa de acciones que implican hazañas y viajes peligrosos, pero una narración en clave paródica, en absoluto épica ni digna de memoria para un pueblo o ancho grupo humano unido por una lengua y cultura, aunque paradójicamente haya terminado por ser una obra cuyo sentido y significación ha ido más allá de una lengua y cultura hasta hacerse supracultural o, si lo queremos decir así, universal. En todo caso, nuestro personaje es un héroe al modo de los caballeros andantes del tipo de Amadís de Gaula, pero inverso, esto es, un héroe alterado para situarlo por la vía del contraste paródico frente a tales planos personajes centrales de las novelas de caballerías que reinaron en el gusto literario a lo largo de buena parte del siglo XVI en la península ibérica hasta caer en el silencio ya en los albores del XVII. En consecuencia, nuestra obra no participa de la epopeya ni siquiera de la novela de caballerías, aunque su propio personaje central se proclame caballero andante y, con conciencia de sí y fe en su misión, comience el rosario de aventuras para construirse el merecido relato de su vida y lograr la recompensa igualmente merecida por todo buen caballero cristiano. No es una novela de caballerías, sino una narración otra que en su momento abrirá un nuevo horizonte: el de la novela moderna. Nada más y nada menos.

Ahora bien, el hecho de que lo consideremos un héroe inverso, que no cuenta con el linaje y origen propio de los héroes clásicos y caballescros al ser un viejo hidalgo español enloquecido del que el autor no quiere dar siquiera el dato concreto de su origen, como es conocido y citado —«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo [...]»— no quita nada a su sustantiva condición de héroe, con lo que en absoluto debería pensarse esta calificación como equivalente a considerarlo un antihéroe, tal como se lee con frecuencia. No se olvide lo que afirma Ortega y Gasset al respecto de nuestro heroico personaje: «La que-rencia es real, pero lo querido es irreal» (Ortega y Gasset, 1914). Así, aunque las acciones de don Quijote no resultan heroicas salvo para él mismo, siendo cuestionables, y el personaje carezca de cualidades extraordinarias si no risibles en su humana factura, sus intenciones son

las propias del héroe que es lo que a la postre vale, según la interpretación de Avalle Arce que paso a citar;

La fe en su misión ya está constituida y permanecerá incólume; a pesar de pedradas, mojicones y derrotas, hasta su lecho de muerte. Lo heroico en la vida de don Quijote no son sus victorias, ya que no sufre más que derrotas, sino la fe en su misión, lo que equivale a la fe en sí mismo: «Yo sé quién soy» (I, V). Y el elemento sustantivo y diferenciador en la vida del héroe es la fe [...] (Avalle Arce, 1976).

En don Quijote se da, pues, esa conciencia de sí mismo cuya base ética se la proporciona el cristianismo, que alimenta su voluntad de ser a la que suma su deseo de hacer el bien por los demás. Ahí radica su virtud, esto es, su fuerza y valor más allá de todo ridículo. ¿Quién puede pensar que no es un héroe moderno? (Savater, 1981).

Dicho esto, quiero concluir acudiendo a dos episodios memorables de la novela en los que nuestro loco personaje demuestra su grandeza heroica en la defensa que hace de la esencial libertad de los hombres y del ideal de una justicia absoluta como se deduce de la lectura del capítulo XXII de la primera parte, «De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir», en el que se cuenta la liberación que hizo de los galeotes, aunque después les sorprendiera a los cuatro —a don Quijote, a Sancho, a Rocinante y al jumento—, una lluvia de dolorosas e ingratas piedras de la mano de los propios liberados:

Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

También resulta virtuosa la cuerda defensa que hace en su conversación con el Caballero del Verde Gabán —recordemos el famoso capítulo XVI de la segunda parte— de la poesía, de la libertad radical de los individuos para aprenderla a pesar de su aparente inutilidad, del reconocimiento de su ya pronta marginación social, de la defensa de una ética de la creación y de la lengua materna en que la misma ha de ser vertida por encima de los modos de los clásicos. ¿Dónde queda aquí la parodia?

Y no quiero terminar sin subrayar la ejemplar lección de la muerte de Alonso Quijano, ya no don Quijote, una vez recuperada la cordura, y los sinceros pucheros y sollozos de un Sancho Panza para siempre quiijotizado, aunque eso sí con un ojo puesto en la herencia dictada por su señor, hasta el punto de querer levantarlo e iniciar una nueva salida, quedando abortada por el narrador cualquier nueva salida narrativa de nuestro héroe al colgar, entre comentarios metanovélisticos, la pluma en una espetera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Avalle Arce, J. B. (1976). *Don Quijote como forma de vida*. Madrid: Castalia.
- Ayala, F. (1940). «Notas sobre un destino y un héroe». *La Nación* (Buenos Aires), 13 de octubre. También en su obra *La invención del Quijote. Indagaciones e invenciones cervantinas* (prólogo de Víctor García de la Concha), 47-60. Madrid: Suma de Letras, 2005.
- (2005). *La invención del Quijote. Indagaciones e invenciones cervantinas* (Prólogo de Víctor García de la Concha). Madrid: Suma de Letras.
- Canavaggio, J. (1991). «La España del Quijote». *Ínsula* 538, 7-8.
- Cervantes Saavedra, M. de (1605, 1.^a parte, y 1615, 2.^a parte). *Don Quijote de la Mancha* (edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico). Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2004. En línea: <http://cvc.cervantes.es/literatural/clasicos/quijote/default.htm> [27/06/2018].
- (1613). *Novelas ejemplares*. Madrid: Juan de la Cuesta. En línea la edición facsímil a partir de la de 1860^a (Madrid: M. Ribadeneyra): http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/novelas-ejemplares--1/html/015e44d2-82b2-11df-acc7-002185ce6064_61.htm [27/06/2018].
- Chen Sham, J. (1988). «Hacia una teoría de la lectura sociocrítica (A propósito del discurso crítico del *Quijote* en Costa Rica)». *Imprévue* 2, 101-113.

- Cros, E. (1984). «Sur le caractere operatoire de la notion de formation discursive: le cas de Don Quichotte». *Imprévue* 2, 129-145.
- (1988). «Reformuler la lecture que Bakhtine fait du Quichotte». *Sociocriticism* IV.2 (8), 115-144.
- (2002). «1599-1605: Los orígenes de la novela europea en España». *Sociocriticism* XVII.1 & 2, 15-28.
- (2013). «De Mateo Alemán a Miguel de Cervantes: Los orígenes de la novela europea en España» [Discurso de ingreso]. Granada: Academia de Buenas Letras de Granada. En línea: <http://academiadebuenasletrasdegranada.org/> [27/06/2018].
- Ertinghausen, H. (1996). «De Edad de Oro a Edad de Hierro: cabreros, caballeros, cautivos y cortesanos en el *Quijote*». *Edad de Oro* 15, 25-40.
- Feros, A. y Gelabert, J. (dirs.) (2004). *España en tiempos del Quijote*. Madrid: Taurus.
- Gómez Moriana, A. (1982). «La evocación como procedimiento en el *Quijote*». *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 6, 191-223; *Imprévue*, 1982, 1, 161-201; *Revue Canadienne de Littérature Comparée* XI, 1984, 521-558.
- (1988). «Pragmática del discurso y reciprocidad de perspectivas. Los juramentos de Juan Haldudo (*Quijote*, I, 4) y de Don Juan». *Nueva Revista de Filología Hispánica* XXXVI, 1045-1067. [Versión en inglés: «Discourse Pragmatics and Reciprocity of Perspectives: The Promises of Juan Haldudo (*Don Quixote*, I, 4) and Don Juan». *Sociocriticism* IV.1 (7), 1988, 87-109.]
- (1990). «Pragmatique du discours et réciprocité de perspectives (á propos de *Don Quichotte* et *Don Juan*)». En *Parole exclusive, parole exclue, parole transgressive. Marginalisation et marginalité dans les pratiques discursives*, A. Gómez Moriana y C. P. Hart (eds.), 11-49. Longueuil: Le Préambule.
- (2016). «El *Quijote*, juego semiótico. En el cuarto centenario de la muerte de Cervantes». *Impossibilia* 11, 11-36. En línea: <http://www.impossibilia.org/el-quiote-juego-semiotico-en-el-cuarto-centenario-de-la-muerte-de-cervantes/> [27/06/2018].
- López Gregoris, R. (2005). «El mito de la Edad de Oro en las fuentes antiguas y en el *Quijote*». *Edad de Oro* 24, 173-188.
- Lorenzo Arribas, J. (2011). «Bibliografía sobre las mujeres en / y el *Quijote*». En *La querrela de las mujeres II, 1405-1605. La ciudad de las damas y el «Quijote»*, Cristina Segura Grañó, 215-ss. Madrid: Almudayna.
- Malczuzynski, M. P. (ed.) (1991). *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*. Amsterdam: Rodopi.

- Ortega y Gasset, J. (2014). *Meditaciones del Quijote*, Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. En línea: https://ia600309.us.archive.org/23/items/meditacionesdelq00ortel/meditacionesdelq00orte_bw.pdf [27/06/2018].
- Pérez, J. (2002). «La España de Cervantes». Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/159851/bmcd7991> [27/06/2018].
- (2004). «Cervantes en su tiempo». *Clm. Revista económica de Castilla-La Mancha* 5, 17-38.
- Proust, M. (1917). *Du côté de chez Swann*. Édition de Francine Goujon et Brian G. Rogers. Paris: Gallimard, 1992.
- Riquer, M. de (2005). «El estilo del Quijote». *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos* 9, junio. En línea: <https://www.um.es/tonosdigital/znum9/Teselas/estiloquijote.htm> [27/06/2018].
- Savater, F. (1981). *La tarea del héroe*, Madrid: Taurus.
- Stoopen, M. (2014). «El mito de la Edad de Oro en el Quijote y en La tempestad de William Shakespeare». En *Comentarios de Cervantes. Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Oviedo, 11-15 de junio de 2012*, Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro (eds.), 546-553. Oviedo, Asociación de Cervantistas. En línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5202966> [27/06/2018].
- Traver Vera, Á. J. (2000). «Las fuentes clásicas en el “Discurso ante la Edad de Oro” del Quijote». En *Actas de las II Jornadas de Humanidades Clásicas*, Carlos M. Cabanillas Núñez (ed.), 82-95. Almendralejo: IES «Santiago Apóstol». En línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2676794> [27/06/2018].
- Zahareas, A. N. (1997). «Sociocrítica de la ficción: La locura burlada del Quijote». En *Questionnement des formes. Questionnements du sens. Pour Edmond Cros*, Monique Carcaud-Macaire (ed.), t. 1, 497-507. Montpellier: C.E.R.S.